

Maquiavelo, el pueblo y el populismo. Historia, teoría política y debates interpretativos

Machiavelli, the People, and Populism.
History, Political Theory, and Interpretative Debates.

Cristian Acosta Olaya

Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina.

Correo electrónico: cjacostao@gmail.com

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-0415-1186>



Eugenia Mattei | Leandro Losada
[coordinadores]

Maquiavelo, el pueblo y el populismo

Historia, teoría política y debates interpretativos



Datos del libro: Mattei, Eugenia y Losada, Leandro (Coord.). *Maquiavelo, el pueblo y el populismo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani - CLACSO, 2024, 340 páginas.

Resumen: Reseña crítica del libro coordinado por Eugenia Mattei y Leandro Losada. Se realiza un recorrido temático por los apartados de la compilación, estableciendo como eje central de la reseña la pertinencia y corolarios del interrogante cardinal del texto, a saber, el carácter populista de la obra de Nicolás Maquiavelo. Se discute aquí los alcances de dicho interrogante a la hora de pensar los desafíos políticos y teórico-políticos del presente.

Palabras clave: *Maquiavelo, populismo, teoría política, pueblo.*

Keywords: *Machiavelli, Populism, Political Theory, the People.*

Fecha de recepción del artículo: 29/11/2025 **Fecha de aceptación del artículo:** 16/12/2024

Para citación de este artículo: Acosta Olaya, Cristian (2025). Reseña bibliográfica de *Maquiavelo, el pueblo y el populismo* de Mattei, Eugenia y Losada, Leandro (Coord.). *Anacronismo e Irrupción* 15 (28), 196-204.

Identificador DOI: 10.62174/aei.10488

Terminar de leer el libro coordinado por Eugenia Mattei y Leandro Losada deja la sensación de haber recorrido, de manera sucinta, la amplia gama de discusiones que han venido construyendo las ciencias sociales contemporáneas en torno a Nicolás Maquiavelo. Y si bien sabemos que hablar de Maquiavelo es hablar propiamente de la tradición de pensamiento político moderno, lo cierto es que los 14 capítulos que componen el libro brindan un renovado panorama general de dichas discusiones. Panorama que, valga decirse, tiene una doble cuantía: por una parte, puede serle de actualizadora utilidad a aquellas autoras o autores ya insertos en las discusiones más álgidas que se vienen dando sobre el pensador florentino desde hace algunas décadas (aunque estos se retrotraigan, de nuevo, a algunos siglos atrás); y, por otra, este volumen es revelador en su temática para quienes han venido trabajando, con una contumacia poco envidiable, el tópico populista.

Es esa, justamente, la apuesta arriesgada del florilegio, esto es, preguntarse por la relación que se puede establecer entre lo maquiaveliano y el populismo: ¿puede ser Maquiavelo “populista”? ¿En qué sentido podría serlo? Considerarlo tal, ¿implicaría traicionar sus obras y su pensamiento? ¿Qué se puede pensar aún hoy con Maquiavelo del *pueblo* y su vínculo, por ejemplo, con la República?

Para desplegar las múltiples respuestas que disparan estos interrogantes, los textos reunidos por Mattei y Losada exploran temas de diversa índole. O, mejor dicho, revisan y reflexionan acerca de las más importantes tensiones: libertad e igualdad, contingencia y necesidad, teoría e historia, republicanismo y populismo, virtud y fortuna, entre otras. Por supuesto, dichas tensiones no son propias y exclusivas de la discusión maquiaveliana como tal. Son, es cierto, constitutivas de la teoría y la filosofía políticas. Pese a esto, al ser constantemente invocadas junto al nombre de Nicolás Maquiavelo, aquellas tensiones dan un aire renovado a las disquisiciones existentes sobre la acción humana y los innumerables dilemas que suponen la vida en común. Es más: el hecho de que *Il Macchia* sea reivindicado desde hace pocos lustros como un autor

inscribible en un pensamiento de izquierda, progresista, y hasta populista, es tan solo un indicador de su inmarcesible aparición en el devenir de la teoría política.

Maquiavelo, el pueblo y el populismo, a lo largo de las tres secciones que lo componen, parte de una constatación tan simple como certera: desde su incidencia inicial en el pensamiento político moderno, Maquiavelo no dejó de convertirse en símbolo y adjetivo de una serie de problemas que, se supone, la modernidad no hizo más que intentar solucionar (por lo visto, infructuosamente). Dicho de otra manera, pensar en contra de Maquiavelo —en contra de su pensamiento, suponiéndolo como doctrina— ha sido una constante, casi desde el momento mismo de su difusión y reconocimiento. Esta cuestión queda evidenciada en dos capítulos del libro que reenvían a un mismo punto. Si, por una parte, Luciano Noretto desembrolla parte de la bibliografía de los *monarcómacos*¹, destacando cómo el *Vindiciae contra tyrannos* de 1579 desdeña de las concepciones que el florentino tenía sobre el rol de “los grandes”, el príncipe y el pueblo para la constitución y sostenimiento de la unidad política, por la otra, Sebastián Barros llama —vía Claude Lefort— a las inflexiones críticas (y, por lo general, simplificadoras) del pensamiento maquiaveliano como “imago maquiavélico”. En efecto, si se trazase un *continuum* de varios siglos, las ideas de Maquiavelo han sido constreñidas a ser mera referencia de un uso amoral del poder y de su sostenimiento siempre arbitrario en la persona del soberano. Esto explica la constante aparición de aquel “imago maquiavélico”, incluso tomando más recientemente su forma populista.

La referencia populista no es, en principio, gratuita, pues remite a la constante y poco soslayada invocación al pueblo como el actor transversal de la política moderna. Ciertamente, tan cardinal como peligroso, sobre el pueblo no dejan de emerger todo tipo de preguntas: ¿se le debe controlar?; de ser así, ¿cómo se le controla?, ¿qué diques se le debe imponer (o se debe imponer a sí mismo)

¹ Digo “parte de la bibliografía” porque un desarrollo más preciso del contexto y de los problemas teóricos que abordan los *monarcómacos* está expuesto de manera brillante en el libro de Noretto intitulado *Autoridad y poder. Arqueología del Estado*, más específicamente en su capítulo I.

frente a sus supuestas tentaciones más recurrentes, a saber, sus tendencias unanimistas y sus pasiones? El capítulo de Alessandro Mulieri, desde su indagación sobre la influencia aristotélica en el pensamiento maquiaveliano; el de Gonzalo Bustamante Kuschel, y su reflexión sobre el rol de la animalidad y el pesimismo antropológico en la obra del florentino; y, finalmente, el apartado de Ricardo Laleff Ilieff, sobre el rol de los afectos como “amalgama” de la unidad política: todos estos se retrotraen al problema de “los muchos” en la configuración de un orden político particular, auscultando —cada autor a su manera— las formas en que se ha caracterizado lo popular y que, por lo general, suele evocar los heterogéneos contornos de una *hybris* que amenaza la estabilidad del *stato*.

Los anteriores elementos aparecen en el libro de nuestro interés al compás de discusiones eruditas sobre la obra misma de Maquiavelo y el contexto de emergencia de su obra. El sugestivo trabajo de Gabriele Pedullà es una muestra del riguroso debate que existe acerca de las pluriformes vetas del republicanismo humanista del siglo XVI y, claro está, del rol disruptivo y poco encasillable que tiene Machiavelli dentro de este rótulo. De manera similar, Jesús Fernández Muñoz esboza una serie de reflexiones sobre el republicanismo, los matices que supone hablar de “no-dominación” y, en definitiva, del vínculo entre libertad política y el imperio de la ley. De hecho, en este capítulo se pone sobre la mesa la pregunta acerca de qué parte o porción de la unidad política es, en última instancia, capaz de salvaguardar la libertad y sus formas institucionales. Si bien es verdad que la respuesta de Maquiavelo en los *Discorsi* parece decantar en que es el pueblo mismo —al tener el *humor* de no ser dominado— el que puede garantizar dicha libertad, no es menos cierto que, desde esa misma función de guardián, el pueblo podría estar paradójicamente por encima del imperio de la ley que debería defender.

Por su parte, Julia Smola trae la discusión de la relación entre líder-príncipe y república. La autora contribuye al debate entre Eduardo Rinesi y Andrés Rosler sobre la *res publica*, pero a partir de una lectura detallada de lo que

la propia Hannah Arendt tenía para decir sobre Maquiavelo, siempre bajo la lente de una de sus preocupaciones primordiales: la fundación del orden político. Al recurrir a las anotaciones y clases dictadas en Berkeley por Arendt, Smola da cuenta de cómo la autora de *Sobre la revolución* tiene una lectura particular del rol del *condottiero* en la teoría maquiaveliana, a partir de la cual destacó, a su vez, dos tipos distintos de fundación que han ocurrido en la historia. Mientras que la fundación de Roma se suele identificar con un acto violento —Rómulo asesinando a Remo—, Maquiavelo también habría pensado en otro tipo de momento instituyente, el de Eneas, quien junto a otros prófugos de la guerra iniciada por los aqueos refundan Troya. Como resulta evidente, esta doble forma de fundar, presente en la lectura arendtiana de Maquiavelo, reenvía a las concepciones sobre la violencia, las revoluciones y la acción política que hizo célebre a la teórica alemana. Este vínculo, casi impensado entre Florencia y Königsberg, entre el siglo XVI y el XX, parece sugerir una línea de investigación prometedora.

Llegado a este punto de la presente recensión, queda claro cuál es el interrogante transversal del libro: por qué Maquiavelo —pensador, si los hay, preocupado por una idea particular de pueblo y su relación con el poder político — podría ser considerado como populista. Sin embargo, no existe tal claridad a la hora de pensar la razón misma de dicha pregunta, formulada por el volumen compilado por Mattei y Losada: ¿por qué inquirir si Maquiavelo podría ser o no populista? ¿No sería este un anacronismo o, en todo caso, una correspondencia quizás fuera de lugar? Sin explicitarse en demasía, basta leer los capítulos que lo conforman —especialmente su sección final, abocada al populismo— para darnos cuenta que hay en el libro una recurrente discusión, más en contra que a favor, incitada por la obra de John McCormick. O, dicho en otros términos: muy a pesar de algunos autores (como es el caso de Sandro Landi, al que haremos referencia más adelante), ha sido el trabajo de McCormick el que ha introducido con primacía la cuestión populista en la bibliografía y los estudios maquiavelianos. Es que este autor no sólo aparece sin cesar en las discusiones planteadas a lo largo

del volumen, sino que dicha aparición es, por lo general, revulsiva: se le condena por hacer exégesis poco rigurosa con las fuentes, de utilizar a Maquiavelo para empresas propiamente políticas. En definitiva, de pervertir las complejidades y tensiones que nos habría legado el pensador nacido en Florencia en 1469.

Ahora bien, si McCormick merece o no estos epítetos no es lo que resulta relevante aquí. Lo que sí nos parece importante es, de vuelta, el ejercicio paradójico que implica su constante invocación. Su supuesta simplificación y uso poco “clínico” de la obra de Maquiavelo, su propuesta de “democracia maquiaveliana”, han servido para insuflar un acalorado debate que simultáneamente no deja de mover la estantería de la propia “imago maquiaveliana”. De hecho, como lo destaca Sebastián Barros, se puede equiparar dicha imago con otra, la “imago populista”. Al decir de este autor, en efecto, ambas comparten muchísimos elementos: simplificaciones, prejuicios, adjetivaciones compulsivas y denigraciones eternas.

Pese a todo lo anterior, es innegable que la salida analítica más efectiva frente a los sentidos impuestos por estos imagos no puede ser el simple cambio de su carga valorativa, es decir, pasar de la denigración a la mera reivindicación, de la vergüenza al orgullo. Al respecto, y sólo en sus mejores líneas, la respuesta airada de Sandro Landi a las declaraciones hechas por McCormick a un diario italiano hace algunos años, es un buen ejemplo de que aquella salida (la reivindicación de un Maquiavelo populista) no lleva a buen puerto. Hablando en plata, para Landi, McCormick ha generado una exégesis partidista del pensador florentino, lo que explicaría a su vez una especie de “encantamiento académico”, equiparable quizás con la estupidez generalizada propia de cualquier moda. Pese a todo esto, resulta sorprendente que Landi llame a este encantamiento como uno... populista. Sorprende, justamente, que el uso irreflexivo del adjetivo que termina reproduciendo sin más los sentidos más peyorativos del término. Incluso, le atribuye a este encantamiento académico populista consecuencias poco deseables para la democracia —y que, según McCormick, Maquiavelo salvará—: líderes

carismáticos que parecen dotados de una naturaleza taumatúrgica y que, de camino inverso al diagnóstico weberiano, terminarían por reencantar el mundo. En definitiva, Landi se pregunta si el caso de McCormick, con su “exégesis populista”, no está interesado en Maquiavelo (p. 334) más que como un “mero pretexto o ícono” de intereses secretos o, en el mejor de los casos, académicamente poco rigurosos.

Quizás el referido cierre de la polémica iniciada por Landi sea sintomático de los límites explicativos del libro: mientras que el despliegue de los debates maquiavelianos es impecable, convirtiéndolo en un texto imprescindible para este campo problemático, resulta menor allí la potencia explicativa sobre los problemas relativos a la cuestión populista y, en definitiva, su relación con Maquiavelo. Resaltar este desnivel resulta necesario, aunque no implica desconocer que haya un intento de avanzar en la tópica del populismo: los textos de Sebastián Torres, Sebastián Barros y Ricardo Laleff Ilieff son de vital importancia para ello. En menor medida, valga decirse, encontramos también el interesante texto de Stefano Visentin, quien se limita a equiparar al populismo con la definición del término brindada por Ernesto Laclau en su célebre obra de 2005.

En todo caso, si se tuviera que elegir un texto representativo del libro, el brillante ensayo de Gabriela Rodríguez Rial le hace justicia al debate que se despliega en la compilación coordinada por Mattei y Losada. Ubicado en el corazón mismo del volumen, el texto de Rodríguez Rial parece (aunque es más que) una reseña del libro dentro del libro: despliega tensiones esbozadas por autores presentes en otros capítulos, discute explícitamente con el interrogante central de la obra; e, incluso, realiza reparos mucho más sofisticados de los que se hicieron aquí respecto a la intervención de Sandro Landi. Pero lo verdaderamente destacable del texto de esta autora es que incluye en el debate populismo-maquiavelismo la variable del republicanismo, no para —dicho burdamente— llevar agua para su molino sino, antes bien, con miras a iluminar

las vicisitudes que implica el estudio tanto “historicista” como “esencialista” de la obra de Maquiavelo (y de los clásicos)².

Asimismo, Rodríguez Rial da cuenta de algo que parece, pero no es obvio, más si se tiene en cuenta el debate inspirado por (y en contra de) McCormick: Maquiavelo no es sólo *popular*, aunque tampoco es sólo *aristocrático*: es las dos cosas al mismo tiempo, en distintos momentos de su obra, con implicaciones particulares y paradójicas. Quedarse, pues, con una sola de las versiones del florentino es, justamente, lo que termina despertando reacciones airadas, ya sea desde quienes claman no olvidar el contexto histórico, ya sea desde quienes ven en la política la arena donde se ponen en juego valores transhistóricos y universales. Todo lo anterior no es un detalle menor. Como Rodríguez Rial bien lo destaca, no deja de ser llamativo que los textos invocados para recurrir a las múltiples —y muchas veces contrarias— versiones existentes de Maquiavelo sean prácticamente los mismos: “el capítulo cuarto del libro primero de *Los Discursos*, referido a los tumultos, el Capítulo 58 del libro I que habla de la sabiduría popular y el capítulo XIX de *El Príncipe*” (p. 239).

Respecto a todo lo anterior, quizás entonces la riqueza analítica que nos brinda Maquiavelo —incluso en solo estos tres fragmentos citados *ad infinitum*— conlleve también, inevitablemente, el riesgo de tomar una posición particular en el debate, al precio de perder de vista sus matices y paradojas inherentes. De hecho, se podría decir que la historia conceptual de nuestros días pretende no perderse dicha riqueza de posiciones que supone la lectura rigurosa de autores clásicos como Maquiavelo, también al precio de no proponer perspectivas teóricas propias que expandan las reflexiones en torno a lo político.

En conclusión, todas las sugestivas reflexiones presentes en sus capítulos hacen del libro curado por Mattei y Losada un texto de referencia para un campo

² Esta tensión entre historicismo y esencialismo es leída —con contundentes argumentos— por Luca Zaidan como una equiparable a la ya clásica (y transversal a los debates marxistas del siglo XX) tensión entre materialismo e idealismo. Ver al respecto la reseña de este libro de Mattei y Losada elaborada por Zaidan en la *Revista Bordes*: “Releer a los clásicos: el vigor y la audacia”.

problemático que se expande sin parar en la teoría política. Cabe preguntarse entonces si el ejercicio analítico allí desplegado, el de imbricar autores clásicos con preguntas relacionadas con el populismo —soslayando, es cierto, el pánico escénico que genera el epíteto de estar incurriendo en anacronismos—, debería ser más recurrente de lo que estamos acostumbrados y acostumbradas. Quizás preguntarnos por las vetas populistas (o, por qué no, antipopulistas) de autores como Hobbes, Rousseau, o incluso Locke y Spinoza, pueda ser sorpresivamente productivo. No se trata aquí, por supuesto, de afirmar que trabajos al respecto no existan ya. Sólo sugerimos que un diálogo como el que nos ofrecen Losada y Mattei, incluyendo voces plurales y especialistas disímiles, puede habilitar la apertura de discusiones que, lejos de ser exegeticas o anecdóticas, nos permitan darle una vuelta de tuerca más a las posturas de aquellos pensadores que han trazado la ruta de la teoría política hasta nuestros días.